

COMO UNA PERLA PRECIOSA³⁷

“El que ha encontrado en Dios su Paz y su Sábado, es transformado y acogido en esa misma Paz”.

¿Por qué nos resulta tan difícil permanecer serenos frente a otro y más aún frente a nosotros mismos a lo largo de toda nuestra aventura humana? Es cierto que, cuando se trata de otro, se puede, en rigor, no perder la paz, permanecer extraño a su maldad, a su necedad o a su inconciencia, e incluso, frente a su sufrimiento particular, ser para él presencia pacífica y pacificante, por ser presencia de amor. En momentos de tremendas tempestades, he encontrado en mi camino a algunos seres que han disminuido mi cólera o mi desesperación, tan lleno de luz y de paz estaba su rostro, como una magnífica tarde de verano o una mañana de primavera: ¡serenidad desarmante y encantadora!

Pero la serenidad respecto de uno mismo es rara como las perlas preciosas, ya que no me refiero a la beatífica paz de los inocentes ni tampoco a la serenidad estoica o budista sino a la maravillosa tranquilidad de los santos: la famosa paz que “sobrepasa toda inteligencia” de, la cual habla san Pablo (*Flp* 4,7). Se me presenta como un fruto de la vida, una victoria del Espíritu, una invasión del “Dios tranquilo que tranquiliza todas las cosas” (*Sermón sobre el Cantar* de san Bernardo). “¡Ah! escribe el peregrino seráfico el que ha encontrado en Dios su Paz y su Sábado, es transformado y acogido en esa misma Paz”.

En nuestro mundo tenso y al parecer lanzado a la violencia y a la cólera ¡qué importante es esta paz! Pero ¿conocemos el camino?

Hay sin duda un factor seguro: la necesidad del buen humor y su ausencia en ¡ay! la mayoría de las vidas humanas. Podríamos definirlo como “el arte de reír a pesar de todo”. Es un arte difícil, lo confieso, que sólo se adquiere a fuerza de humildad y de verdad, que es su equivalente. Nosotros nos formamos una idea tal de nosotros mismos y, en cierto modo, tenemos razón. De hecho, un hombre o una mujer no son una cosa de nada. ¡Y ni que hablar de un hombre de Dios! “Cristiano, reconoce tu dignidad” repite todos los años León Magno en la maravillosa noche de Navidad. Yo comprendo que la eterna tentación del hombre sea la de ocupar el lugar de Dios, o la de hacerse si no como Dios, por lo menos como un Ángel, lo cual es todavía más catastrófico...

¿Qué me enseña la vida, cuál es la enseñanza que recibo en esos meses de soledad que paso de tanto en tanto en algún desierto camaldulense? Simple y maravillosamente que no existen los “hombres grandes” sobre la tierra ni mucho menos los “super hombres”; que los santos, incluso aquellos cuyo nombre está escrito en el menologio de las iglesias, han sido, son y serán seres limitados, llenos de miserias, inestables, en la lucha contra el Maligno, que no están en absoluto sin mancha y sin temor, y mucho menos confirmados en gracia desde el seno materno. La vida me ha revelado (¡espléndida revelación!) que todo hombre, ya sea el Papa gloriosamente reinante, ya sea el último de los pobres que arrastra su desaliño por los caminos del mundo, es un ser herido ¡y herido profundamente! Son las famosas concupiscencias de las que habla san Juan en su primera carta. No se necesita analizar demasiado para descubrirlas en nosotros mismos y en todos los hombres, en la inteligencia, en la voluntad, en el corazón y en la carne.

EL HUMOR NO SE ESCANDALIZA

³⁷ De *Monastica*, año XXI, N° 3. Tradujo: Hna. Laura Kassabchi, osb. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

No hay duda de que, a veces, el espectáculo es desolador, pero ¿por qué asombrarse, con más razón escandalizarse? ¡Y si sólo nos limitáramos a esto, que en el fondo forma parte de la naturaleza humana tal cual es! Pero ese aguijón personal que descubrimos día a día... por cierto inconfesable a los demás y que a veces tenemos miedo de confesarnos a nosotros mismos: y cierta herida con la cual quedamos vulnerados para toda la vida, a fuerza de flirtear con Satanás y de vivir a su calor...

Cuando llegue el declinar de mi vida, podré escribir mi *iter monasticum*, que indudablemente no tiene la gravedad del venerable Dom Mabillon. Contaré lo que he visto y oído en aquellos lugares que creemos privilegiados: las cartujas, las trapas, los carmelos, sin olvidarme por supuesto de los conventos dominicanos. Discúlpeme, pero éste es mi mundo. La conclusión que me animo a sacar de tantas experiencias es simple: sobre la tierra no existe un lugar que no sea “cours de miracles”, una piscina probática más donde los pobrecitos monjes o monjas, incluido yo, más o menos yacientes, esperamos la agitación del agua, el eventual paso del Ángel para ser liberados por fin de nuestra enfermedad, a fin de poder ser muy honorables. Lo seremos sin duda, pero mientras tanto es una gracia tan fundamental como preciosa, reconocer el propio rostro de miseria y, en cierto modo, no irritarse ni caer en la desesperación. Es por eso que comprendo a los antiguos Padres que decían: “Es mejor conocer el propio pecado que contemplar a los ángeles”.

La divina Sabiduría me ha revelado mi miseria desde la más tierna edad. Recuerdo, entre otros casos, mi primer año de ministerio dominicano. Debía (¡inconsciente!) predicar los ejercicios a los monjes de En Calcat que vivían “*secundum antiquorum modum*”. Y por supuesto mi primera preocupación fue hablar de su “*more benedictino*”. Leí pues atentamente la gran Regla de san Benito. Permítanme expresarles la opresión que experimenté leyendo el capítulo IV: “De los instrumentos de las buenas obras”. Benito, que luego de los acontecimientos de Subiaco tenía sin duda una experiencia bastante deplorable de la naturaleza humana (ver *Diálogos* de Gregorio Magno, II,3 y 8), pide a sus monjes, buscadores de Dios, que amen a Dios con todo su corazón y todas sus fuerzas y al prójimo, concretamente tratando de no matar, no robar, no cometer adulterio, no perjurarse, no dar falso testimonio, etc. Sí ¡me sentía abrumado! Hoy admiro la maravillosa sabiduría de este hombre sin ilusiones y sin embargo lleno de grandes deseos para sí y para los demás.

Puedo decir que en mis treinta años de peregrinación he visto de todo en los monasterios: asesinatos, suicidios, adulterios, y otras pequeñas cosas por el estilo... ¡*O beata solitudo, o sola beatitudo!* Entonces, como conclusión ¿piensan sin duda que estoy desesperado, que no creo más en la vida monástica, en la deificación del hombre? Todo lo contrario. Creo más que nunca. Cuando fui ordenado sacerdote, obtuve de mi Padre Maestro el permiso de ir a mi casa. ¡Gran acontecimiento! En aquella época estaban previstas solamente dos salidas de nuestra fortaleza: con ocasión de la profesión y con ocasión de la ordenación sacerdotal. ¡*O tempora, o mores!* Fui pues a casa y me encontré con mi querido viejo párroco que, después de haber recibido mi bendición de rodillas, se levantó y mirándome a los ojos me dijo: “Escucha sacerdote, escucha, dominico. Recorrerás los caminos del mundo. Verás y oirás de todo... Si un día te enteras de que tu Padre General se ha fugado con la Reina de Inglaterra, haz la señal de la cruz y dite a ti mismo: aún esto era algo posible y futurible. Y continúa tu camino”. Confieso que esta reflexión sapiencial me ha servido enormemente porque en mi vida no me he asombrado nunca de lo que pueda sucederme a mí o a los demás. De un hombre o de una mujer se puede esperar todo: las cumbres del heroísmo o de la santidad (que es lo mismo), las peores bajezas, las dolorosas deserciones. Es por eso que me siento desolado cuando a propósito de los escándalos provenientes de la altura, veo a unos y otros preocuparse y meterse en las investigaciones, exigir toda la verdad, hacer declaraciones sobre declaraciones. Permítanme preferir el humor del “*Canard enchaîné...*”.

Ya no admito más aquella tristeza perversa que sentía antes, que oprime y separa de los otros, ahora que me he acordado de la risa de Sara. Los antiguos lloraban mucho (ver I. Hausherr, *Penthos* y Pedro Damiano, *Opúsculos*), pero sin embargo huían de la tristeza como de la peste, de los obispos, de las mujeres y de los imberbes... “Esta tristeza, dice Casiano, agria, impaciente, intratable, llena de rencor, de estéril amargura, de aburrida desesperación, paraliza... reduce a la, nada la oración y los frutos del

Espíritu Santo”. Bendita la hora en la que por fin comenzamos a reírnos de nosotros mismos y de los demás. ¡Admirable lección de las cosas, de la edad y de la gracia! Pienso en las palabras del Salvador a mi amigo Silvano casi desesperado por su miseria pasada: “Anda ¡permanece conscientemente en el infierno y no te desesperes!”. E incluso en un episodio narrado en los Padres del desierto:

«Un hermano interrogó a *abba* Pastor: “He cometido un gran pecado y quiero hacer penitencia durante tres años”. El *abba* le dice: “Es demasiado”. “¿Me aconsejas hacerla por un solo año?”. El *abba* reitera: “Es demasiado”. Entonces el hermano le preguntó: “¿La reduciré sólo a cuarenta días?”. “Es demasiado” dijo el anciano y continuó: “Me parece que cuando un hombre se hunde en lo profundo de su corazón y no reincide en el pecado que deplora, Dios se contenta con tres días de penitencia y que no se hable más”».

ES NECESARIO ESPERARLO TODO DE DIOS

Sin embargo, siento el extraño cuchicheo y casi la protesta de aquellos que se han formado un ideal de la virtud más estoico que cristiano: “El humor respecto de sí y de los demás está muy bien, pero ¿no conduce fatalmente a la falta de seriedad, a la dimisión, a la aceptación resignada del propio pecado, de la propia miseria, de la propia impotencia?”. ¡Que estos miedosos se tranquilicen, si pueden! El humor del que hablo, no excluye en absoluto el violento deseo de la santidad y de la transfiguración del mundo; al contrario, sabe que la luz viene del más allá, del Espíritu que purifica y eleva.

En resumen, la serenidad cristiana está edificada sobre la esperanza teológica que, con la fe y la caridad, otorga la capacidad de mirar y vivir nuestra gran aventura de hombres y de hijos de Dios.

Nuestra esperanza es ciertamente expectación de Dios, y por lo tanto expectación de los cielos nuevos y de la tierra nueva, cuando la creación sea por fin liberada de la vanidad a la cual está aún sometida a pesar suyo. Esto ya relativiza todo y ayuda a aceptar que la tierra es solamente un pequeño comienzo, un modesto esbozo, la misteriosa gestación del niño que está por nacer y que sin duda está ya presente pero arrollado sobre sí mismo, sin forma ni belleza, igual que el feto en el seno materno. Entonces ¿por qué no sonreír frente al sufrimiento, a los fracasos, a las caídas, a la imposibilidad y a la misma muerte? ¡Ah! ¡Qué impacientes e inconscientes son aquellos o aquellas atacados de “perfeccionitis” que aspiran a subir “en un tiempo o medio tiempo” a las más altas cumbres del amor, aquellos o aquellas que se entristecen por no ser a sus propios ojos, y sobre todo a los ojos de los demás “Alguien” ¿y por qué no decirlo? ¡santos! ¡Qué fastidio da a veces reconocer la propia miseria! ¡Se esperaba algo tan diferente! Más aún, ¡si por lo menos con el tiempo uno hubiera mejorado! Pero constatar que uno no era mejor en su juventud, pero tampoco lo ha devenido en la vejez... Nos damos por vencidos o, lo que me parece todavía peor, caemos en la banalidad o en la amargura. Es muy triste no haber entendido nunca la palabra de Jesús a Simón Pedro, la noche de la Última Cena: “Comprenderás más tarde” o “me seguirás más tarde” (Jn 13,7). Pedro comprenderá, lo seguirá, cuando llegue la hora, después de haberse golpeado la cabeza, después de haber llorado, después que Jesús haya rogado por él y, sobre todo, después que el Espíritu Santo lo haya sacudido, inflamado embriagado. Mañana el “totalmente conforme”, como dicen nuestros hermanos orientales, dará su vida en la Colina Vaticana. Ahora comprendo el humor de los Padres: “Si ves a un joven subir al cielo por su propia voluntad, tómallo de un pie y tráelo nuevamente a la tierra, porque no le sirve absolutamente de nada”.

Pero la esperanza de la que hablo es también *espera de Dios*. Esto es importantísimo. Vuelvo siempre a la imagen del árbol caído, tan cara a los Padres griegos y a sus herederos, los cistercienses del s. XII. La paradoja, la originalidad del cristianismo es que la vida viene de lo alto, que nuestra existencia es *espiritual* y no “psíquica”, como decía Bonhoeffer a propósito de la vida comunitaria: es verdad que debemos dejarnos trabajar por Dios, cincelar e inundar por el Padre y por su Espíritu, porque es El quien nos transformará en la imagen de su Hijo dilecto. La Providencia no se ocupa únicamente de hacernos pasar un examen, sino también de guiar toda la vida y toda la historia. “No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el reino” (Lc 12,32). Esto no

significa apatía, fanatismo, no hacer nada ni desprecio por lo que normalmente se puede y se debe hacer para mejorar, de aquello que la vida y los demás pueden darnos; pero nada de todo esto es esencial. Solamente lo es Dios, en absoluto, Dios que es, que trabaja y ama con fidelidad. Es por eso que los Padres nos animan con tanta fuerza a avanzar sin tregua por la senda de la “*amerimnia*”, de la despreocupada serenidad, aquella de la que habla Jesús cuando aconsejaba mirar los pájaros y los lirios del campo.

No entiendo como puede ser posible para un cristiano estar triste o andar colérico cuando cambia o falta algo en él o a su alrededor. Como si Dios no fuera Dios y el resto, resto. He citado otras veces un proverbio chino que me ha impactado mucho: “Cuando el dedo muestra la luna, el imbécil mira al dedo”. Nosotros nos dejamos ilusionar por las cosas, por los seres y por nosotros mismos, y henos aquí sumergidos en la inquietud, a veces la más tonta de las inquietudes. Sólo los hombres libres con la bella libertad de los hijos de Dios pueden conservar la paz porque están en las manos del Omnipotente y del Fiel. Supongo que precisamente esto es lo que sucede cuando se trata de la conversión y del progreso espiritual. El que reposa en Dios sabrá esperar su hora en paz, porque es seguro que Dios quiere más violentamente que él “que se convierta y viva” (Ez 18,32).

LA SERENA PRESENCIA DE DIOS EN EL ALMA

Es necesario sin embargo ir más allá. La serenidad con respecto a nosotros mismos es hija del Espíritu, es presencia del Espíritu. Pienso en el gran Antonio, cuando a la tarde de su vida

“su rostro tenía una gracia sorprendente. Sin embargo Antonio no se distinguía de los otros monjes ni por la estatura ni por el vigor, sino por la serenidad de sus rasgos y la paz del alma. Sin turbaciones interiores, conservaba también la calma exterior y la alegría del corazón regocijaba su frente”.

Recordemos también el rostro festivo de mi amigo Romualdo, cuya “presidencia” ejercía el Espíritu Santo. Supongo que a medida que el corazón se purifica y se convierte a Dios, se libera para devenir capacidad de Dios; se verifica así la palabra del Señor: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23). Ahora bien, la invasión de Dios necesariamente se da al mismo tiempo que la de la serenidad, de la calma y de la paz que supera toda inteligencia. San Bernardo dice que “solamente la Trinidad está sentada” y sólo se sientan realmente aquellos que se dejan invadir por su serena presencia. Pienso en la meditación de Guigo el Cartujo, que me parece un perfecto comentario del pensamiento de san Bernardo:

“En los siglos venideros –escribía– los santos estarán por doquiera deseen estar, porque no querrán estar más que donde están. De hecho, no es el lugar que da a Dios, sino Dios que da el lugar. El conocimiento y el amor nos darán a Dios, pero es Dios quien da estos bienes. Dios, por lo tanto, dará a Dios. Se cambia de lugar por necesidad o por placer. Pero el que posea a Dios tendrá para sí lo más útil y lo más deleitable. No comprendo como podría pasarse de un bien a otro”.

Aquí evidentemente no se trata de una inquietud somática, sino de una inquietud de la inteligencia y del corazón.

“El Señor no quiere que tengas más preocupaciones, ni deseos, ni tentaciones, ni tribulaciones. Te quiere despreocupado, libre de la opresión de fabricar ladrillos en Egipto; quiere conducirte al desierto para iluminar tu camino con la columna de nube, para nutrirte con el maná, para darte la Tierra prometida, la Jerusalén celestial” (san Juan Crisóstomo).

Esta paz es fruto de la vida que “ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni el presente ni el futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad” (Rm 8,38-39) podrán arrebatar.

El hombre de Dios es el icono de la paz eterna, imperturbable frente a cualquier turbación (no quiere decir sin embargo insensible), fuente de serenidad, de alegría, de esperanza para muchos. Pienso en Benito y Domingo, en Felicidad, en Teresa, en Serafín de Sarov, y en Juan de Cronstadt.

El 18 de setiembre de 1526, en el yermo de San Girolamo in Pasciluppo, el Hno. Pablo Giustiniani terminaba su “*Secretum meum mihi*”, nacido dos años antes de una experiencia de anonadamiento de sí mismo y de ingreso en la alegría de Dios mientras celebraba la misa. En medio de mil tormentas, vivía en la serenidad de las Tres Personas divinas, absorto en Dios. Ese día, mientras esperaba al Altísimo que lo había convocado, escribió algo sobre esta paz del alma que nada puede mellar, que acompaña por doquiera al amor como la sombra acompaña al cuerpo. De hecho, es imposible que el alma, enamorada de Dios, colmada de Él y escondida en Él, el Tranquilo, no esté ella misma también tranquila y siempre en la paz.

“Que yo sea propiedad de mi solo y único amable Señor... enamorada de ningún otro; aunque todas las creaturas visibles e invisibles se conjuren contra mí para quitarme este amor, para sacarme aunque sea un instante de este ardentísimo y suavísimo amor, no lo podrán conseguir jamás.

¿Y qué podría hacer, Señor mío, permíteme hablar así, que yo no te ame? Si por fuera y por dentro me das paz, yo te amaré; si por fuera y por dentro permites que me presenten guerras y batallas, yo te amaré; si por dentro y por fuera me siento consolado, pienso que te amaré; si por dentro y por fuera me veo afligido por cualquier tribulación y angustia, creo que no dejaré de amarte; cuando esté sano te amaré; cuando esté enfermo, no dejaré de amarte; si tengo cosas exteriores en abundancia, ellas me excitarán a amarte; si me faltan, no dejaré de amarte siempre... si tal vez soy honrado y alabado por los demás, todo se lo devolveré a Tu amor; si todo el mundo me censura, me desprecia y me calumnia, no obstante en Tu amor firme y estable me confirmaré; vivo, siempre te amaré; muerto, no cesaré de amarte; si a las celestes dulzuras me llamas, no encontraré en ellas mi felicidad sino en Ti solo, Señor, que serás mi única beatitud y a Ti te amaré; si me introduces en el fuego del purgatorio, donde deberé purgar las culpas de mis defectos y excesos con los cuales siempre te he ofendido, en esas llamas del purgatorio dulcemente te amaré mucho, pues esas llamas no me quemarán sino que me confortarán y me parecerán dulces, pensando que por ellas pasaré a Ti, mi único amor; y si en los eternos tormentos del infierno por mi culpa me castigas, si es posible que pueda amarte en aquel lugar, te amaré; y si puedo amarte, no estaré del todo separado de Ti y Tu amor, aunque no pueda dulcificar la amargura infernal, por lo menos hará que por tu amor, si a ti así te place y es para mayor gloria Tuya, no me niegue a descender a ese lugar; y estaré igualmente dispuesto a la eterna felicidad o a la eterna miseria. Que amando yo, Señor, no a mí misma sino a Ti solo, mi Bien y mi único Amor, no pienso ni me preocupo por mí, sea por lo que fuere, para que se haga Tu voluntad y se cumpla en mí y desde mí y por mí Tu santo beneplácito” (*Secretum meum mihi*, pp. 149-152).

Las palabras, sin embargo, no pueden revelar la inefable experiencia.